

EL VELO DE ISIS

LAS MIL Y UNA NOCHE OCULTISTA

En este segundo capítulo hay varios cuentos entrelazados, cada uno con su mensaje y enseñanza, que siempre podemos localizar y descubrir, por sencilla que sea la fábula o el cuento que leamos.

Los autores nos hablan a través de personas y situaciones, de distintos momentos en los que podemos encontrarnos en nuestras vidas diarias. En éste capítulo Shereherazada, cuenta con su hermana Dinarzada, como un símbolo de que todos podemos contar con amigos o familiares, para expresar nuestros sentimientos o comentar nuestras inquietudes. El Sultán, representa nuestra parte masculina, el poder de que todos disponemos para actuar o decidir.

La primera historia, al haber causado la muerte del hijo del Genio, nos enseña que toda acción lleva consigo una consecuencia. En éste caso el Genio promete castigo al asesino, pero le da un año de tiempo para arreglar sus asuntos antes de vengarse. Lo que nos indica que también disponemos todos, de momentos para rectificar los errores cometidos.

Envidias, celos, asesinatos, venganzas, son símbolos diarios que nos rodean por acciones nuestras o de la sociedad en la que nos movemos, y lógicamente, aunque no los hayamos provocado nosotros, nos afectan.

En toda narración, está presente la ley del Karma, que solo puede ser neutralizada o rectificada a través del Dharma, lo que significa que únicamente una acción positiva o de arrepentimiento real, puede liberarnos de los errores del pasado.

Como la mujer estéril de uno de los cuentos, los defectos no rectificadas pueden dejarnos estériles de amor, el único alimento que todo lo sana y evita que estemos dominados por lo que conocemos como defectos, que en realidad es falta de luz.

C.E.A.

EL VELO DE ISIS

Capítulo II

¿La primitiva "Introducción de Las mil y una noche"?

HISTORIA DEL COMERCIANTE, EL EFRIT Y LOS TRES VIEJOS JEIQUES

El comerciante y el ogro.–¡Por comer aquél unos dátiles y tirar los huesos ha dado muerte al hijo de éste, nada menos!–Un año de plazo y de esperanza.–La vuelta del hombre, fiel a su palabra.–Aparición del efrít y de los tres venerables jeiques de blanca barba.–Cómo y de qué manera van obteniendo por terceras partes el perdón de aquella fiera astral y aérea.–El doble sentido exotérico y esotérico de todos estos cuentos.–No se trata de "dátiles", sino de "misterios de los dátiles".–La condena del efrít y la del Génesis.–Aparece triunfal la idea del Sacrificio, igual que en la anterior "Introducción del libro", pero más primitiva, o sea sin el elemento del sexo.–Quiénes eran la Vaca y la Ternera del primer jeique y quiénes los Perros negros del segundo.–Conexiones mitopeicas de los simbolismos encerrados en estos dos relatos con los de la Tradición Universal.–Entronque en este cuento de otros varios del maravilloso libro.–Juder, el pescador, y su saco prodigioso.–El tema de la eterna envidia.–Conclusiones.

Del mismo modo, al lado de la emocionante Introducción de *Las mil y una noches* que acabamos de ver en el capítulo I, aparece otra más modesta, menos aparatosa, más confusa y absurda si se quiere, pero, por lo mismo, acaso más primitiva y más velada, o sea más digna aún de atención para el verdadero ocultista. Es la *Historia del comerciante y el genio*, que comienza así:

Scheherazada, dirigiéndose al sultán Schahrirar y rogando a su hermana

Dinarzada que la escuchase atenta, dio principio a su relato de esta manera (1):

“Señor, había antaño un comerciante muy rico, que necesitó hacer un largo viaje a través del desierto, Al cuarto día de su marcha se sintió fatigado, echó pie a tierra junto a un nogal, donde brotaba un manantial delicioso, y se puso allí a comer galleta y dátiles, cuyos huesos iba arrojando a derecha e izquierda. Aún no había concluido su comida, cuando vio surgir del suelo un genio enteramente blanco de puro viejo y de una enorme estatura, quien, blandiendo su yagatán y profiriendo un grito espantoso, le dijo con voz de trueno:

-Voy a matarte ahora mismo, de igual manera que tú acabas de dar muerte a mi hijo.

-¿Cómo es posible esto? -respondió atónito, el viajero.

-¿No te has puesto a descansar aquí? ¿No has comido dátiles y echado sus huesos a derecha e izquierda? Pues, dando con ellos a mi hijo en el ojo, le has muerto -insistió el genio, al par que le derribaba en tierra para decapitarle.

-Deteneos al punto, señor -imploró acobardado el buen hombre-, Al menos dadme tiempo a que vuelva a mi casa a poner orden mis negocios y despedirme de los míos, que yo prometo luego volver aquí mismo para que cumpláis vuestra voluntad conmigo. Tal día como hoy del año que viene, me tendréis aquí.

El genio , entonces, aceptó la palabra y le dejó que regresase a su hogar, como había pedido.

Ya en casa, el comerciante contó lo sucedido. Después se puso a arreglar todos sus asuntos; pagó a sus esclavos; emancipó a los hijos, y despidiéndose, anegado en lágrimas, de ellos, de su mujer y de sus amigos, al cumplirse el año ya estaba en el lugar de antaño y a disposición del genio, según lo prometido.

(1) Para no dar excesivas proporciones a estos comentarios, nos hemos visto precisados a extractar, no siempre con la debida fidelidad, los hermosísimos cuentos del texto, razón por la cual es obligación nuestra el advertírsele así a los lectores, quienes ganarían no poco si, despues de leído cada uno de nuestros capítulos, pasasen la vista de nuevo por el texto original, ya de Galland, ya de Mardrus o de cualquiera otro, ampliando con ello seguramnete las ideas ocultistas sugeridas por nuestros respectivos comentarios o acotaciones.

Mientras se consumía en cruel espera al lado de la fuente y bajo el árbol, he aquí, de improviso, se le presentó un buen viejo que llevaba sujeta con una cadena a cierta corza blanca, y que le preguntó al punto:

-Hermano mío ¿se puede saber qué causa os ha movido a venir a este espantoso desierto, en donde no hay seguridad alguna para el hombre, pues que está todo él plagado de espíritus malignos?

El comerciante entonces contó al viejo sus desdichas. El viejo, asombrado, repuso:

-Pues he aquí que yo quiero ser testigo de vuestra entrevista con el genio -y se sentó a su lado; mas, en aquel mismo momento, llegó otro buen viejo atrallando dos perros formidables y negrísimos, con el que medió un diálogo semejante. Por fin, llegó un tercer anciano, quien igualmente se quedó con

ellos.

No se hizo esperar más el genio, quien, llegando en el seno de espantoso torbellino de arena, se dispuso *in continenti* a ejecutar la sentencia cruel. El comerciante y los tres viejos, espantados, comenzaron a llorar a gritos .. Uno de ellos, prosternándose ante el genio, se atrevió a decirle:

-Príncipe de los espíritus del aire, os suplico humildemente que suspendáis vuestra cólera y me otorguéis la gracia de escucharme. Voy a contaros mi historia y la de esta corza, y si os parece más maravillosa que la aventura de este infeliz al que vais a inmolar, ¿podría esperar de vos el que perdonaseis a este desgraciado la tercera parte de su delito?

El genio vaciló un instante, pero al fin condescendió con lo que el viejo pedía. Éste entonces, comenzó su narración en los siguientes términos:

-Esta corza que aquí veis es mi mujer y además mi prima (1). No tenía casi doce años cuando me casé con ella, y hemos vivido treinta años juntos sin tener familia; pero, no obstante su esterilidad, la he tratado con amor siempre. El mero deseo de tener quien me sucediera me llevó a tomar una esclava, de quien tuve un hijo de grandes esperanzas; pero mi mujer concibió tal odio contra ambos, que, habiéndome yo alejado unos días de casa, se dedicó a la hechicería, y mediante este arte perverso convirtió a la madre en vaca y al hijo en ternero. Cuando, al año, regresé, me dijo:

-Tu esclava ha muerto y tu hijo ha desaparecido.

No tengo por qué describir la inmensa pena que se apoderó de mí. Llegó meses después más tarde la fiesta del gran Bairán, y para celebrarla según rito, mandé se me trajese una vaca para el sacrificio expiatorio. Pero el animal era tan hermoso y me miraba de un modo tan singular y tierno, tan humano, que no me atreví a inmolarla, antes bien pedí que se me trajera otra, a lo que mi mujer se opuso de modo tan determinante, que no tuve mas remedio que entregarla a mi mayordomo para que él la sacrificase, como lo hizo, Contra lo que esperaba, la vaca no tenía sino huesos y pellejos, y pedí en su lugar un ternero.

(1) En el texto de Mardrus se emplea la palabra *genn* como plural de *genni* (genio), y se designa al suegro del primer jique de la corza con la palabra *tío*, o sea "hermano de su padre", en consideración a la humana Fraternidad que a todos nos liga. Igual sucede aún en diversas aldeas españolas; "la hija de su tío" era, pues, sencillamente, su mujer.

Pronto el mayordomo me trajo uno, que no era otro que mi transformado hijo. El animalito, al punto que me vio, y como si fuese un ser humano, rompió de un tirón la cuerda y se prosternó ante mí, despertando en mi pecho gran compasión, como si adivinase bajo aquella metamorfosis que el ternero no era sino mi mismo hijo. Convencido de ello, decidí no sacrificarle, pese a toda la oposición que mi mujer hiciese. Mas, fueron tantas las súplicas y aun amenazas de ésta, que me decidí a cumplir su mandato. Tomé, pues, el fatal cuchillo e iba a descargar el golpe, cuando éste se me cayó de las manos y, teniéndolo a presagio, aplacé para el año siguiente el sacrificio, sustituyendo por otro al ternero, en medio de la exasperación de mi mujer. ...

Al otro día, muy de mañana, se me presentó mi mayordomo diciéndome:

-Tengo, señor, una hija que posee algún conocimiento de la magia. Ayer, al

volver a mi casa con el ternero que me entregasteis por no quererle sacrificar, noté que se rió al verlo y que un momento después se puso a llorar, y como yo le preguntase a mi hija por qué hacia dos cosas tan opuestas a la vez, me contestó:

-Padre mío, este ternero que usted trae, es el hijo de nuestro amo. Me río de gozo porque aún le veo vivo, y he llorado acordándome del sacrificio que de su madre le hizo ayer y que había sido convertida en vaca, ambas cosas por los encantamientos de la mujer de nuestro amo, que odiaba a la madre y al hijo.

-Al oír estas palabras, señor -dijo el viejo al genio-, partí inmediatamente al lado de la hija de mi mayordomo, prometiéndole todos mis bienes si lograba restituir a mi pobre hijo a su estado prístino, a lo que ella repuso:

-Puedo hacerlo, pero con dos condiciones: la primera, que me le dé luego por esposo, y la segunda, que me permita castigar a la persona que le transformase en ternero.

Aceptadas por mí entrambas condiciones, la joven tomó una escudilla de agua y, pronunciando ciertas palabras misteriosas que no entendí, exclamó, dirigiéndose al ternero, al par que le rociaba con el agua:

-¡Oh, tú, ternerillo! Si has sido criado tal como apareces, permanece en tu presente forma; pero si, por el contrario, eres hombre, bajo algún mal ensalmo, torna a tu ser primero, con permiso del Todopoderoso.

El ternerillo, entonces, con asombro de todos, recobró su primitiva forma y se echó en mis brazos. En cuanto a mi mujer, con otra ceremonia mágica, la transformó en corza, que es la corza que aquí veis, y que, para que no se escape y vuelva a hacer de las suyas, llevo encadenada, mientras busco por el mundo a mi hijo, quien, a raíz de la muerte de su mujer, de allí a poco, partió de viajes, sin que sepamos su paradero.

-Convengo -replicó el genio, si así que el primer viejo hubo terminado su relato-, en otorgar a este mísero comerciante el perdón de la tercera parte de su delito.

-También espero de vos, señor genio -interrumpió respetuosamente el segundo viejo de los perros negros-, que le perdonéis otra tercera parte del delito, si es que, asimismo, os place mi historia.

Y como el genio viniese en ello, el viejo comenzó de esta manera:

Sabed, príncipe de los genios, que estos dos perros son mis dos hermanos mayores, quienes, como yo, se dedicaron al comercio; pero con suerte tan distinta de la mía, que ellos se arruinaron, mientras que yo vi prosperar mi capital, que luego partí con ellos. Deseosos de probar de nuevo fortuna, me porfiaron durante cinco años para que les acompañase a una segunda expedición, hasta que al fin cedí, enterrando en casa la mitad de mi capital, por si salía mal, como anteriormente. Tras una navegación de un mes, arribamos a un gran puerto de mar, donde gané diez por uno, y cuando regresaba con otros géneros encontré en la orilla una mujer distinguidísima, aunque pobremente vestida, que me pidió me desposase con ella, como hice. Ella, agradecida, y llevándome a una isla, me hizo saber más tarde que era un hada y que, conocedora de la maldad de mis hermanos conmigo, pues pretendían matarme por envidia, iba a castigarlos, transformándolos en perros

durante diez años. El hada, pese a mis súplicas, los cambió, según había prometido, desapareciendo después, y por eso heme aquí con estos dos perros, mis hermanos, en busca del hada, por si, terminado el plazo, quiere ya restituirlos a su estado prístino...

-Esta es mi historia, ¡oh príncipe del aire! -terminó diciendo el segundo viejo-, y por ella espero que perdonéis a este infeliz que vais a matar, otra tercera parte de su débito.

-Convengo en ello -contesto contrariado el ogro.

Entonces el tercer viejo tomó la palabra solemnemente, y haciendo propuesta al genio de que, en honor de la historia extraordinaria que le iba a contar, a su vez, perdonase también la tercera parte que faltaba del dicho delito.

-No es posible que sea más maravillosa que las otras dos -dijo el genio-, pero, en fin, accedo a lo que me pides.

-Señor -terminó diciendo Scheherazada al sultán-, la historia que el viejo tercero contó, debió ser estupenda cual ninguna, pero ella no ha llegado a mi noticia, acaso por su misma sublimidad. Sólo sí sé que, pasmado el genio, otorgó el perdón al pobre comerciante, quien, después de prosternarse agradecido ante los tres ancianos y sin volver la vista atrás, regreso feliz entre los suyos.

COMENTARIOS

A nuestro juicio, el relato que antecede, como todos los del gran libro, y en general cuantas "parábolas o fábulas" contienen todos los libros arcaicos de su índole, tienen un sentido exotérico, infantil o vulgar, que es el que naturalmente se desprende de su narración -"la letra que mata"- y otro esotérico, filosófico y trascendente -"el espíritu que vivifica"-, cosa que precisamente acontece, de un lado, con los niños, quienes toman al pie de la letra, verbigracia, las fábulas de La Fontaine o de Samaniego, y de otro, con los hombres maduros, quienes saben sorprender, tras el relato, siempre absurdo, de la fábula -fábula en la que hablan los animales, las plantas y hasta las piedras-, la enseñanza emblemática y moral en ella oculta. Deseos nosotros de investigar en este último sentido, aunque repitiendo de una vez para siempre que no damos a nuestras interpretaciones carácter alguno objetivo, empezamos diciendo que la inverosímil aventura del buen comerciante con el *genn*, *jina* o *efrite*, no es sino el triste simbolismo de la Humanidad sobre la Tierra, representada aquella por el pobre hombre que "en su peregrinación por el mundo", o sea por la vida, está siempre amenazado de muerte "por haber comido *dátiles* y arrojado sus huesos a derecha e izquierda, matando así al hijo del *jina* o genio", cosa que exige alguna explicación previa.

Se dice del Maestro Pitágoras (Chaignet, *Pithagoras; sa vie et son oeuvre*), que

en uno de sus viajes se inició en los sagrados Misterios de los Dáctilos, es decir, "en los del *Diez* o de *I*". Estos misterios iniciáticos eran puramente matemáticos como aquellos que se enseñaban en el templo de Delos, en cuyo frontispicio se leía "¡Nadie entre que no sepa Geometría!", en suma, sin tener los conocimientos de la Cábala o Tradición primitiva. No es tan violento, pues, como a primera vista se puede creer, el ligar la palabra "dáctiles" con la palabra "dáctilos" o "dedos", tanto porque los dedos son la base originaria de toda contabilidad y también en lo antiguo los huesos de dátiles y de otras frutas. Cuanto porque la palmera, de la que aquellos son semilla, es, por sus hojas, el simbolismo de la numeración y de todas esas escrituras atlantes y arias primitivas que se llaman "claves ogámicas, mágicas o rúnicas". La fábula, pues, quiere veladamente expresar que, por haber comido indebidamente el cuitado, el iniciático fruto de los dáctilos o de los *dátiles*, profanándole, se había hecho acreedor a la pena de muerte, cosa que, bajo otra forma, vemos reproducida nada menos que en el capítulo del *Génesis*, cuando la primera pareja, desobedeciendo a Jehovah, que aquí está representado por el *genn*, come del fruto *dáctilo* o "manzana" del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal (es decir, usa la razón bajo las insinuaciones del Rebelde) y es condenado por aquél "a morir de muerte". ¿Quién puede dudar, en efecto, que desde el primer instante en que venimos a este bajo mundo, ya estamos ipso facto condenados a muerte, en una u otra forma?.

Pero lo que hay es que, por especial misericordia del aparentemente inexorable Destino, nuestra muerte se aplaza días tras días como la del comerciante de marras, y se aplaza "para que, como él, pongamos en orden nuestros negocios y nos preparemos serenos para el supremo momento de la partida". Y se aplaza de un modo más o menos indefinido, precisamente por la salvadora intervención de ciertos ancianos, Maestros o "jinas" que nos han dado como Mahatmas o "grandes almas", que ellos son, sus sapientísimas enseñanzas, no para ellos salvarnos, "sino para que con estas últimas nos salvemos". "Tales ancianos son los "tres venerables viejos" que "al cuarto día de marcha a través del desierto" -el terrible desierto de la Vida, o "valle con soledad y llanto", que dijo el místico vate salmantino- y "junto al torrente de donde manaba agua" -el Agua salvadora de la Vida- son quienes, bajo el velo simbólico de los respectivos cuentos que narran, consiguen que el genio -¡El Genio de la Historia que dirige aquí abajo todos los acontecimientos humanos!- otorgue por terceras e indivisibles partes el perdón de la pena impuesta al cuitado que, fiel a su palabra (como Regulo el caudillo romano prisionero de los cartagineses en la primera guerra púnica), volvía al año

justo para ser inmolado por la atroz guadaña o cuchilla.

Y en esta escena precisamente estriba nuestra opinión de que nos hallamos, con este extraño cuento, ante la primitiva introducción del parsi libro. En el cuento, la idea fundamental es la misma que ya llevamos visto en el anterior de Scheherazada y el sultán: UNA IDEA DE REDENCIÓN Y DE SACRIFICIO, pero mientras que en este último interviene ya el sexo con todo su cortejo de celos, venganzas y rencores, en el de la profanación de un conocimiento iniciático, que es justamente lo que todas las tradiciones orientales, *Biblia* inclusive cuando la leemos entre líneas, nos enseñan respecto de la Atlántida y el consiguiente castigo inflingido por tal causa a la pobre Humanidad.

Y la idea del sacrificio no está tanto en la acción de los viejos, al así interponerse para torcer un inexorable destino, cuanto en el relato que éstos hacen de sus respectivas aventuras, cosa sobre la que conviene nos fijemos.

La peregrina historia, contada al ogro por el primer viejo de la corza (para arrancarle con ella su víctima al modo de como Scheherazada hace también con el fiero sultán), no es sino el relato alegórico de lo acaecido con el culto luni-solar primitivo en los últimos tiempos de la Atlántida, cosa confirmada por otros muchos cuentos, como más tarde habremos de ver.

En efecto, el viejo se casa “con la hija de su tío”, es decir, del hermano de su padre, pero, como la Sarai esposa de Abraham, resulta estéril. Entonces, para lograr la indispensable sucesión salvadora del oprobio entre los pueblos semitas que hacen cifrar todo en el sexo, el viejo toma, como Abraham también toma a Agar (*Agra*, la Luna), en calidad de concubina, y de ella tiene un hijo, a quien aquella Juno o Fricka inexorable, trata por todos los medios de sacrificar, tanto que, dedicándose a malas artes mágicas, consigue al fin, en ausencia del esposo, transformar a la madre en Vaca y al hijo en Ternero, y llegada la fiesta pascual, exige de su esposo que los sacrifique a entrambos del mismo modo a como A-braham (el “no-brahmán”), se dispone a sacrificar también a su hijo.

Este viejo (émulo del Wotan wagneriano, al par que sus siempre amados al par que con sus odiados hijos, los welsungos, y, en general, de todos los dioses exotéricos Júpiter, Jehovah, Saturno, etc.), sacrifica, aunque con indecible repugnancia, a “la Vaca”, pero le falta valor para hacer otro tanto con su hijo “el Ternero”, quiero decir, por exigencias de la mala magia de su mujer, a la Religión primitiva de la Vaca (Io, Isis, o “la luna”), dejando viva la religión vulgar o terrestre, representada por el ternerillo de Parvadi, su hijo. Pero, pasan los tiempos, y al año justo de aquel necromante sacrificio, cuando

va al fin a ceder y degollar también sobre el ara a su unigénito hijo, símbolo de toda la Humanidad terrestre, he aquí que se interpone la hija del arrendatario, maga buena de profesión, quien, al informarse del increíble suceso, apela a su arte poderosa y restituye a aquél a su estado prístino, castigando, al par, a la perversa madrastra con transformarla a su vez en una corza: la misma corza que, a la sazón, conducía el buen viejo cual los sadhús indostánicos adoradores de Vishnú conducen a su “vaca”, o en fin, como el propio Maestro de Kapilavastu, después de residir dos años en el Desierto “alimentándose sólo con la leche de la Vaca” (Sabiduría primitiva, perdida), se presentó al mundo conduciendo asimismo a “su Vaca Sagrada”, por lo que fue denominado desde entonces *Gau-tama*, “el Conductor de la Vaca”.

No hay para qué añadir que esta corza representativa de la Mala magia de la impía madrastra, es la misma que anda en tantos cuentos conocidos, tales como aquel de *La corza blanca* de las inmortales leyendas de Bécquer, en prueba del hecho, que veremos prodigarse enormemente a lo largo de estas páginas, de que el libro de *Las mil y una noches* es el precedente quizá más antiguo de toda la literatura universal, pues Apuleyo, Cervantes y Calderón bebieron, sin duda, la inspiración en esos peregrinos relatos, dotados del maravilloso don de sugestionar por igual a los sabios que a los ignorantes y a los hombres que a los niños.

“Príncipe de los espíritus del aire -le dice finalmente el *jina* o jeique de la corza al fiero y sanguinario genio sacrificador-, si por ventura os parece maravillosa la historia de mi corza que la de este infeliz, ¿le perdonarías a este último la tercera parte de su delito?”.

Al terminar con estas palabras su relato, el viejo nos da, de pasada, una clave de otras frases análogas de San Pablo cuando, encarándose con todos los hombres verdaderamente grandes .cual lo era, sin duda, el comerciante de marras al volver puntualmente al cabo de un año a purgar sumiso su discutible delito-, les dice (*Epístola I a los de Efeso*, capítulo U.v.12): “Porque nosotros -es decir, los Iniciados, los Perfectos- no tenemos ya que luchar contra la carne ni la sangre -contra las pasiones animales- sino contra los Arcontes, los Gobernadores de la tinieblas de este mundo; contra los Espíritus de maldad en los aires”; palabras que, con cortas variaciones, se reproducen en los versículos 11 al 15 de la *Epístola a los Colossenses*, y también en el capítulo II de aquella Epístola, cuando les dice a los hombres: “Vosotros estabais muertos por vuestros pecados, en los que andabais en otro tiempo conforme a los hábitos de este mundo y a la tiranía del Príncipe de las

Potestades del aire, que es el espíritu que ahora reina sobre los hijos de la infidelidad ..." Prueba clara de esa terrible ley que nos encadena aquí abajo a nosotros, cuyo reino, según Jesús, no es de este mundo, como hijos que somos, por nuestra alma, del Cielo, y no de la Tierra. Tal ley nos obliga, según el profundo sentido esotérico del poema de *Las Aves, de Aristófanes*, a estar aquí, en este valle de lágrimas, unos largos años (que son meramente un día para la eternidad), en lucha constante con las Potestades -potestades que aparecen continuamente en *Las mil y una noches*, como iremos viendo-, por lo que nuestra ley aquí es, no la de la paz, sino la de la guerra, según nos repiten múltiples sentencias del Evangelio, tales como las de "no vine aquí a traer la paz, sino la espada", y la de "milicia es la vida del hombre sobre la Tierra" y, en fin, aquella luminosísima escuela de la más rebeldes gallardías que arranca de la frase todavía incomprendida de que "tenemos que reconquistar el Cielo por la violencia" ...

Viniendo ya el segundo de los tres venerabilísimos jaiques que se presentan para salvar al cuitado comerciante en "aquel desierto de la Tierra, plagados de espíritus malignos", diremos que su historia y la de sus dos hermanos, guarda analogía con la del anterior, enlazándose asimismo con otra, mucho más extensa, omitida en el texto de Galland, pero hermosamente desarrollada en el de Mardrus, o sea la de *Juder, el pescador (1)* y también con la de *Las dos hermanas envidiosas de la otra menor*, base de la tan conocida leyenda española de *La Cenicienta*. En esencia, el argumento es el mismo que el de la bíblica de Caín y Abel, y, hasta cierto punto, la de Esad y Jacob, Remo y Rómulo, José con sus hermanos, y demás inacabables prototipos literarios del eterno, del más cruel de los dramas humanos: ¡el Drama de la Humanidad que *fraternalmente* se destroza a sí propia, en lugar de establecer una cooperación leal para vencer a la *Luz Astral*, o "Espíritu de Maldad en la Naturaleza", a los que acabamos de referirnos! Esta transformación, además, de los dos malos hermanos en *perros* (al tenor de las consabidas frases: cristiana de "¡perros judíos!" y mahometana de "¡perros cristianos!") es una de tantas y tan extrañas metempsicosis como aquí iremos viendo, metempsicosis que, sin duda, sirvieran al propio Lucio Apuleyo para su divina fábula de *El Asno de oro*, base, como diría nuestro Bonilla San Martín, de tantas obras literarias en prosa y verso ... ¡Perros, y bien negros fueran, en efecto, esos sacerdotes y guerreros antiguos que, como diría Maeterlink, "sepultasen el *Templo iniciático*", de la misma manera que los hermanos del segundo jaique de nuestro cuento trataron de sepultar en el mar a éste y a su *jaina* o mágica esposa, la cual, para castigarlos, los transformó en perros ", durante diez

años" o sea durante un largo período de tiempo, porque en *Las mil y una noches* todas las penas son *temporales*, aunque a veces sea *eternas*, al tenor del verdadero significado hebreo de la palabra oulang o "eternidad", que no equivale a nuestro absurdo "siempre", como se viene creyendo, sino a "un periodo de tiempo cuya duración es indefinida".

(1) Reservamos, para cuando en los capítulos próximos hablemos del inmenso mito de *El Pescador*, dar, con cargo a Gallard y a Mardrus, lo relativo a la primera parte de la *Historia de Juder*, Para los efectos de esta nota basta reproducir la segunda parte *Juder, el pescador*, después que ha conseguido de su Maestro la posesión de un saco mágico, especie de "varita de virtud" con la que obtiene al punto todos cuantos imposibles desea, nos narra la aventura de sus dos malos hermanos en estos abreviados términos, extractados de la versión franco-española del texto sirio:

"Pero el Maestro Al-Samad (el shaman) le dio a su discípulo Juder otra porción de cosas, y lo que valía más, los más sabios consejos para conducirse prudentemente en la vida. Después se despidió de Juder poniéndole en camino para El Cairo, donde llegó en pocas horas, gracias a su mular efrita, penetrando por la Puerta de la Victoria y abrazando a su madre, que ansiosa le aguardaba pidiendo limosna a los transeúntes porque, de nuevo, sus perversos hijos Salem y Salim le habían despojado de cuanto oro la dejase Juder al partir.

Pronto el saco prodigioso comenzó a hacer de las suyas. Gracia a él, la hambrienta anciana pudo refocilarse con una cena en platos de oro que envidiaría un sultán, y, asombradísima de aquellas maravillas, obtuvo de su hijo la explicación entera del misterio, aunque haciéndola prometer que guardaría secretas las fórmulas mágicas indispensables para conjurar a la gennia encargada de sus suministros.

Pero aconteció lo de siempre. Que vinieron los malvados hermanos de Juder, y después de refocilarse también, cual nunca en su vida, no se contentaron con eso, sino que, llenos de suspicacias y envidias, entre halagos y amenazas, consiguieron de la pobre vieja que les revelase el secreto de aquellas fórmulas, secreto que, a su vez, prometieron guardar.

Al siguiente día Salem dijo a Salim:

-¡Oh, hermano mío!, ¿hasta cuando vamos a continuar viviendo en casa de nuestro hermano como criados suyos? ¿No sería mejor que nos quedásemos con el saco de la abundancia y apoderándonos al par de Juder le vendiésemos al Capitán mayor de la Marina? Calla y obedéceme.

Los dos malvados pusieron por obra su plan, Juder, engañado por ellos, fue apresado por dos esbirros del Capitán mayor en el momento mismo en que les obsequiaba a todos en un banquete con los cuarenta platos mágicamente obtenidos del "saco de la abundancia". Como José, el hijo de Jacob, de la Biblia, Juder pasó así un año, reducido a la triste condición de esclavo remero, al cabo de lo cual, una tempestad estrelló al navío, salvándose sólo él y llegando a un campamento de beduinos donde un bondadoso mercader del Hedjad le tomó a su servicio en una peregrinación que hizo al templo de la Kaaba. ¡Cual no sería la sorpresa del cuitado al encontrar entre los peregrinos a su protector el propio jeique Abd Al-Samad!.

El moghrebín cogióle de la mano y llevándole a su palacio, vistióle como un príncipe, diciéndole después de consultar a los otros:

-¡La desgracia se alejó de ti ya para siempre, oh Juder! Has de saber, en efecto, que tus envidiosos hermanos acaban de ser presos y encerrados en una mazmorra, después de haber maltratado una vez más a vuestra pobre madre, apoderarse del "saco de la abundancia" y desafiar, con las riquezas por él obtenidas, al propio rey, quien les ha arrancado la verdad, quitándoles el saco y condenándoles como merecen. En cuanto a ti, toma este anillo, el propio anillo mágico que antaño tomaste del dedo de Sahamardal, y con el cual, si le frotas, todos tus anhelos se verán al punto cumplidos, porque has de saber que el tal anillo tiene por servidor a un genni llamado *Potente-Trueno*, quien estará a tus órdenes como verás.

Y diciendo esto, el jeique frotó el anillo (precedente del de Alberico). Y al instante se presentó sumiso un tremendo genni, diciendo con tonante voz:

-¡Héme aquí, oh sidi! ¡Mándame, y obedeceré! ¿Quieren reconstruir una ciudad antaño destruida? ¿Quieren eliminar a un rey y acabar con todo su ejercito? ¿Deseas, en fin, algo de cuanto hay en tierras, mares o cielos ...? ¡Habla, pues; tu voluntad es mi ley!

Juder, emocionadísimo, pidió el volver a su hogar, y no bien hubo hablado cuando el genni, cargándole sobre sus ciclópeas espaldas, en menos que se dice lo dejó en El Cairo, al lado de su madre y de sus hermanos, a quienes, compasivo, hizo sacar de la prisión. Éstos, temiendo que fuese a matarlos para vengar su crimen, se arrojaron llorando a los pies de Juder, quien, una vez más, les perdonó, sin necesidad de apelar a la intercesión materna. No hay que describir tampoco el espanto que el obediente genni del anillo despertó en su corazón. Las hazañas de este último no tuvieron limites, pues que, bajo el simple mandato del dueño del anillo, construyó de la noche a la mañana un soberbio palacio, cien veces mejor que el del rey, con una de comodidades, bellezas, tesoros en oro y pedrería que no tenía fin, tanto que llegó a despertar los recelos del propio sultán de Egipto, incapaz de explicarse tamaña maravilla, y acabando por conceder a Juder la mano de su propia hija. Los hermanos de este último vieron servidos, gracias a la munificencia del genni, sus menores ostentaciones y caprichos, pero la mala planta de la envidia seguía arraigadísima en sus negros corazones...

No necesitamos dar el pormenor de cómo se realizó todo aquello de la construcción del palacio, ni de cómo el genni, transformado en portero mayor del mismo, trataba a los visitantes que, cual el visir del rey, había intentado antes apoderarse del palacio con cincuenta de su guardia, ni, en fin, como el propio rey se viera empequeñecido al lado del que acababa de hacer su yerno, por miedo a que se apoderase de su trono, todo por la misteriosa omnipotencia de la mágica joya salomónica arrancada del tesoro de Schamardal. Muerto de allí al poco el rey, Juder se vio sultán del Egipto y visires sus hermanos.

Pero éstos no descansaban en su envidia eterna.

-¿Hasta cuando, hermano -se decían uno a otro-, vamos a estar siendo esclavos de ese Juder?

Y maquinaron una vez más su perdición. Para apoderarse del anillo, le envenenaron en un banquete; Salem le cortó el dedo para mejor extraerle la joya, y con el anillo se adueñó también, como era lógico, de Potente Trueno, su genni, a quien tuvo desde entonces a su arbitrio. Mas, ¡oh eterno castigo de la ambición humana!, lo primero que sobrevino a los dos traidores fue el venir a las manos por la posesión de la joya. Salem, que era quien la había arrancado del dedo del muerto, ordenó al genni que se apoderase al momento de su hermano Salim y del cadáver de su otro hermano Juder y los echase al río a entrambos. Después, por el poder del anillo, se hizo reconocer sultán, desposándose con la viuda de este último, continuando con una serie de tropelías inauditas por el estilo de las que se acaban de narrar,

Está escrito, sin embargo, en el Gran Libro del Destino, que no sea jamás durable el triunfo de los perversos. Así pues. El Sett-Asia, la traicionada esposa del santo Juder, en la misma noche de su forzada boda con Salem le envenenó, librando al mundo de este monstruo y haciendo trizas al anillo mágico para que a nadie se le ocurriese desde entonces tentar otras aventuras mágicas que las que nacen en el hombre de sus propios esfuerzos y redentores y de su propia justificación.

No hay que decir que el texto transcrito y la famosa historia base de *El anillo del Nibelungo o Tetralogía de Wagner*, son una misma cosa.

Por último, el texto constantinopolitano de Galland, más puro en esto, a nuestro juicio, que el de Mardrus, omite la historia que contara el tercer jeique al ogro, porque ella era tal y tan sublimemente misteriosa (como efectiva historia mágica o iniciática), "que el libro la tiene que callar ..." y la calla, efectivamente, por cuanto la que figura en este último texto sirio no merece los honores de tal, sino que, antes bien, en opinión nuestra, un postizo, una mala interpolación anónima de fragmentos inconexos de otros cuentos para llenar el inquietante vacío que de otro modo quedaba y tenía que quedar.

Libre así, en fin, el buen comerciante del cuento, como libre, verdaderamente libre y glorificada habrá de quedar la Humanidad en el último día de los tiempos, el día de la *Celestial Jerusalén* que, parafraseando al viejo *Libro*

etiope de Enoch, diría *El Apocalipsis*, pudo cantar triunfante, agradecido a los tres viejos jeiques, aquello que también se lee en otro lugar del texto sirio:

“¡Me has cubierto con los beneficios de tu generosidad, como la nube pródiga y bienhechora cubre a la colina ---!”

“...Porque he cumplido fielmente con la sentencia que dice: “Si te oprime el insensato, sopórtale con paciencia, y para que se realice sola tu venganza (karma) no cuentes sino con el tiempo, que hará pasar ante ti, sentado en la puerta de tu tienda de viajero, el impotente cadáver de tu enemigo ... ¡De tu enemigo vencido, no por ti, sino por su propia y mala obra, que contra él automáticamente se vuelve siempre ...!”

EL VELO DE ISIS
Mario Roso de Luna